

EVA COLECTIVA

UNA HISTORIA INCREIBLE

LILY RESTREPO JARAMILLO
COLOMBIA

Durante muchos siglos la humanidad ha vivido una fuerte polarización que penetra todos los ámbitos y cada vez se extrema la distancia entre el sexo masculino y el femenino, sin tener en cuenta que la igualdad empieza cuando cada ser humano se reconoce completo, pero, siempre el otro puede ayudarlo y mejorar su existencia, somos seres sociales.

El relato que aparece a continuación muestra que la mujer de mediados del siglo XX podía superar obstáculos y vencer situaciones difíciles, encontrando en cada adversidad una fuente enorme de experiencia y riqueza que le permiten obtener la experiencia de equidad de género.

El siglo XX se caracterizó en gran parte por un machismo marcado en la política, el desarrollo económico, la literatura, el arte, etc....

En plena depresión económica mundial, década de los años 30, cuando el mundo estaba en la ruina y Colombia también, llegué al hogar de mis padres. De ese 20 de agosto de 1933 al día de hoy yo he sido una mujer feliz, sin odios ni rencores. He vivido con la certeza de lograr mis objetivos frente a una sociedad dividida e indiferente hacia la mujer.

A los 3 años, en el pasillo de la casa de campo, presencié una tormenta, prendida de las "macanas", recibí una descarga eléctrica, sí un rayo a unos 30 cms. de distancia. De inmediato, perdí el conocimiento durante varias horas, y desperté en una pequeña cama rodeada de mis padres y cuatro hermanitos, quienes muy confundidos, esperaban lo peor; creo que esta descarga eléctrica me hizo una mujer valiente, decidida y capaz de enfrentar todos los retos de la vida.

Recuerdo, el primer regalo que recibí de alguien extraño a mi hogar, vino del colegio: se trataba de un premio a los 7 años, por haber tenido asistencia a clases sin una sola falta. Era un crucifijo de plata, posiblemente traído de Europa. Aparentemente, nada significaba para una niña, pero sí tuvo gran repercusión durante toda mi vida.

Aunque nací en un hogar lleno de valores, con hermanos y hermanas muy amorosos, un día a los 11 años escuché un bebé llorando en la habitación de mis padres, entré, y encontré la niña que marcaría el rumbo de mi vida. Ese día le dije a mi mamá: "mamá regáleme esa niña" pero me respondió: no hija, ¿como se le ocurre?

A partir de ese momento reflexioné y reconocí la dimensión de la vida; en el diario que le escribí desde su nacimiento, cada comentario, cada informe, cada "regaño", me abrían el camino hacia un futuro luminoso y radiante: poco a poco fui captando la razón de ser de

mi vida como mujer del siglo XX, y dije: *-Señor enséñame a dar abrazos que acaricien el alma, que sanen y devuelvan la alegría-*.

A los quince años, al terminar el bachiller, acompañé con una comunidad de religiosas francesas, quienes ofrecían asistencia a los enfermos en situación económica vulnerable, sobre todo madres de familia, donde brindaban atención de enfermería y yo, mientras tanto, ejercía los oficios de la casa.

Después de algún tiempo de trabajo en dos de las más importantes empresas de la ciudad, comprendí que mi meta en la vida no era obtener dinero ni ser alta ejecutiva, porque eso no irradiaba bienestar ni cumplía mis expectativas, entonces entré a hacer parte del grupo de religiosas y durante 24 años, la mujer que había en mí se dedicó por completo a sanar las heridas del cuerpo y del alma. Para esto estudié enfermería en la Universidad Javeriana.

De día y de noche, lejos o cerca del convento, lograba mis objetivos en diferentes espacios. El hábito no era obstáculo para desplazarme en bicicleta o en moto, tampoco para lavar la ropa de los niños aprovechando el único lugar disponible que eran las dos escalas de cemento de entrada a la casa, por ejemplo.

Un episodio increíble de esta época, fue el cuidado de una madre de unos 35 años totalmente parapléjica, con 8 hijitos varones; después de brindar la atención a la mamá, hacía las labores del hogar y me ocupaba de los niños, sin abrazos ni caricias, pero con el amor de siempre. Este contacto permaneció hasta la muerte de la paciente, hacia el año 1954, y hasta el día de hoy nos comunicamos, nos vemos, nos apoyamos y se convirtieron en hijos; al igual que sus hijos y sus nietos, me manifiestan cariño y gratitud hace 66 años.

En la década del 60 trabajé varios años en San José de Costa Rica, un país donde las diferencias sociales y económicas casi no se conocían; las comunidades marginadas eran pocas y el gobierno muy acertadamente, decidió darles un espacio propio, organizando una ciudadela con todos los servicios: escuelas, centro de salud, parque de diversiones, jardín infantil, etc., y allí reunió todos aquellos que según parecía eran “estorbo” para la ciudad como los alcohólicos, los drogadictos, las prostitutas, etc. Cada grupo familiar tenía su casa con antejardín y espacio para huerta casera.

¿Qué pasó en la hermosa ciudadela? Los habitantes llegaron, pero nadie más quiso entrar a ese sitio considerado “peligroso”. Yo sentía que esa población me necesitaba; los detalles externos, a pesar de ser una mujer “desprotegida”, como dirían algunos, no tenían relevancia para mí, porque era más importante manifestarles amor a través de las actividades sociales, recreativas y sobre todo de salud. Tres religiosas y yo aceptamos entrar a compartir la vida con ellos.

Un hecho muy trivial en apariencia y algunos artículos publicados en el periódico local, reflejan los frutos del trabajo: cualquier día a las 9:00 horas, estando en el Centro de Salud, un vecino me informó que la señora de don Alfredo tenía una hemorragia; como lo hacía rutinariamente, me desplazé a su casa y antes de entrar me informaron que el señor acababa de lanzar un puñal a su cuñado, pero cayó en la pierna de la esposa.

Entré con cautela y efectivamente la señora estaba sangrando; efectué la curación, con don Alfredo al frente y al terminar observé a un hombre de pie, muy cerca de mí; ese vestido

y ese rostro eran desconocidos, tuve mucho miedo porque los vecinos manifestaban temor por ese señor.

Al salir me dijeron que la persona extraña era un policía en civil, enviado para protegerme.

El impacto producido por una convivencia marcada de comprensión y de amor, llegó hasta el periódico local, pues cuando anuncié mi regreso a Colombia, me enviaron el artículo publicado por los líderes de la comunidad, en el cual decían entre otras cosas: *“amando como ellas nos amaron, aprendimos a amarnos como hermanos”*.

En 1974, tras la negativa de la comunidad para acceder a la beca que me había ganado, con mi dedicación y esfuerzo, entonces, decidí abandonarla. Y emprendí mi viaje a Europa para complementar mis estudios, allí, cursé la maestría y el doctorado de Salud Pública en la Universidad de Lovaina (Bélgica), un curso de Medicina Tropical en Amberes y otro de Prevención de Desastres, en París. Al culminar mis estudios, recibí dos ofertas de trabajo una para el África del Sur y otra para Suiza, pero, encontré más interesante regresar a Colombia y ayudar a la comunidad a mejorar la forma de vida en sus posibilidades, la mayoría precarias, y totalmente indiferentes, invisibles para la sociedad.

Ya en mi país, trabajé con el Ministerio de Salud en la Dirección de Atención Médica, durante la década de los 80, marcada por el narcotráfico y los grupos armados, compartiendo con indígenas y afrodescendientes, del Urabá a Tumaco, de Ipiales a Leticia y de Vaupés a la Guajira; tenía la responsabilidad de impulsar el Programa de Prevención, Detección y Tratamiento de la Tuberculosis, en las diferentes poblaciones: zonas de difícil acceso, transporte aéreo peligroso y escaso, además los secuestros, violencia, asesinatos y violaciones, constituían la rutina diaria. Pero, nunca me detuve por ser una mujer, de las que llaman “frágil”, pues, la fortaleza se vuelve invencible cuando sus vivencias le permiten sobrepasar el pánico y el terror.

En una ocasión, después de atravesar una vía en pésimo estado, pregunté como lograban llevar los pacientes a la cabecera municipal, único lugar donde había médico. De inmediato, mi comentario se convirtió en una grave imprudencia, por la que estuve a punto de ser asesinada, pues, el alcalde era un narcotraficante y pertenecía al grupo armado que dominaba la zona, que no permitía ningún comentario al respecto. Por menos, se mataba a la gente.

La historia terminó de una manera inesperada, para mí. Ese fin de semana se celebraba el cumpleaños de la dueña del único hotel y los clientes que más lo frecuentaban eran los trabajadores del sector oficial. El Secretario de Salud nos pidió, de manera especial, a una médica, una bacterióloga y a mí, que le aceptáramos la invitación y asistiéramos a la fiesta; estando allí vimos con pánico llegar al temido alcalde, quien se acercó a nuestra mesa. Y se sentó a mi lado, con una actitud amable. Yo, con pánico, lo saludé temblorosa y amable, pensando que había llegado el final de mi vida. Y mientras aguardaba mi final, miraba atenta para ver si sería con puñal o con revólver que pagaría la “imprudencia” de mis palabras.

Pero, ya el horror se apoderó de mí cuando el alcalde, me invitó a bailar. Y, yo me negué; como insistía, el médico me hizo un gesto indicándome que era mejor que aceptara.

Adicionalmente era preocupante, porque yo nunca en la vida había bailado. Así, resolví subir con él al escenario y bailé.

Mientras tanto, lo único que nos interesaba era saber que espectáculo tenía programado para castigar mi “ofensa”. Al finalizar la canción me miró de frente en presencia de un público expectante, mientras sus escoltas tomaban fotos y fotos que llegarían a Bogotá y me dijo “doctora, gracias, yo quería que todos vieran que sí puedo bailar con una personalidad de Bogotá”. Y me perdonó la vida.

Desde 1995 hasta la fecha, después de obtener la jubilación, sin intereses políticos ni económicos, me dediqué al desarrollo de una región rural de Cundinamarca, tratando de lograr la transformación social y académica mediante el intercambio de experiencias. Me convertí en una guía para su avance cultural, con una pequeña ayuda económica, y además, con el apoyo de los casos que requerían orientación en el área de la salud. Todo pensando a largo plazo y de manera estratégica. Debía asumir los riesgos, transitando caminos desconocidos y enfrentando la realidad, para hacer efectivo el proyecto. Mi proyecto.

Al comienzo, identifiqué que sólo un joven por familia, entre 4 y 8 hijos, terminaba el bachiller, pues sus padres me decían que no necesitaban doctores sino peones para la finca.

Yo debía seguir mi ruta trazada desde la infancia, lo que no sabía era que, ayudando a crecer al otro, era yo quien adquiriría una dimensión espiritual increíble y colaborando en la recuperación de la salud, mediante gestiones fáciles o difíciles, sencillas o riesgosas, obtendría una satisfacción superior a todas las ambiciones sociales y económicas.

Las actividades académicas con los pocos estudiantes que cursaban el bachiller, se complementaban con limpieza de la escuela y arreglo una carretera que conduce a la vía principal de la autopista a Medellín.

A los 10 años de iniciar la labor, casi todos los jóvenes continuaban su bachillerato. Actualmente, en la vereda, hay un grupo de mujeres y de hombres profesionales, tecnólogos y técnicos, contribuyendo así al crecimiento de la familia y la comunidad.

Al cumplir 24 años de servicio a esta comunidad, al constatar que la producción del campo se perdía o se descuidaba, decidí conformar un grupo llamado “*mujeres líderes campesinas*”.. con todas estas mujeres que siempre han demostrado sus valores y su deseo de progreso, su autoestima y su derecho a opinar, insinuar y proponer soluciones para su comunidad, se debía organizar una acción que conllevara a mejores resultados. Desafortunadamente, el desarrollo de los proyectos está detenido temporalmente a causa de la pandemia mundial.

Rápidamente, se observó cómo el grupo comunitario mejoró, una de las principales causas fue aumentar el nivel académico de las generaciones actuales, quienes a la vez impulsan la educación de sus hijos. Ahora, ya analizan los problemas de la comunidad y en conjunto deciden lo mejor para todos. Actualmente se preparan con el fin de participar en una convocatoria nacional de extensión 2020 para el fortalecimiento de la innovación social. Acciones no pensadas en un pasado reciente.

La vida, también me ha permitido conocer múltiples situaciones en las cuales se manifiesta la desigualdad de oportunidades y el desprecio del hombre hacia la mujer, tratándola como su juguete y luego tirándola a un rincón, como si fuera desechable.

Muchas veces se repite la historia y nunca se encuentra la solución. Las noticias continúan: las niñas abusadas, violadas, en matrimonios embrionarios, con maternidades infantiles obligadas, siguen exponiendo a la mujer como “carne de cañón” durante los conflictos armados, y en los países sin conflicto armado también. Estas situaciones son un ejemplo cruel de la realidad. Mientras la sociedad se enorgullece de su desarrollo académico, tecnológico, económico, etc. Las instituciones públicas operan como organizaciones criminales, mostrándose por la inoperancia institucional que dilatan, ocultan hechos, dejando impunes a los perpetradores. Violadores y asesinos que cometen feminicidios, continúan libres.

Como mujeres del siglo XXI, tenemos la responsabilidad de fomentar un movimiento mundial que refuerce en los niños sus valores morales desde la primera infancia, impulsando respeto y aprecio hacia sus amigas, hermanas, y vecinas.

Todas en el plantea podemos luchar desde su lugar, la casa, el trabajo, o su medio social, son espacios que deben ser utilizados para obtener que la mujer sea respetada y valorada, invisibilizando las violencias, aportando amor al mundo, podemos unirnos a Malala, nuestra colega de Pakistán. Todas en una sola voz de amor y libertad.